



de Witiza al papa, á los decretos de aquel concilio que quizá una mano interesada hizo quemar, y á la permission que suponen de casarse los eclesiásticos; todo lo cual afirma Mariana con la formalidad de quien lo sabe de seguro, y con el espíritu propio del hábito que vestia.

No nos atreveríamos nosotros, sin embargo, á ir tan adelante como el erudito Mayans en la defensa de Witiza: respetamos las razones de este sabio español, y sospechamos que aquel rey ha sido en mucho calumniado; pero respecto á su vida licenciosa, y al ejemplo que hizo cundir en sus súbditos eclesiásticos y seculares, hallámosla tan confirmada en todas las crónicas desde la Moissiacense, que por nuestra parte no intentaremos libertar su memoria de este cargo, mientras algun testimonio contemporáneo no aparezca, que de esta nota pueda eximirle.

En cuanto al término del reinado de Witiza, lo que de la crónica de Isidoro Pacense se deduce, es que fué lanzado del trono por una revolución que colocó en él á Rodrigo; revolución en que debieron tomar parte en favor de

éste los españoles, que por no ser de origen godo llamaban todavía romanos, pues sólo en este sentido podemos tomar las palabras del historiador: «Por consejo ó á persuasion del senado romano, hortante senatu romano» (1). Acaso Rodrigo, como descendiente de Recesvinto, cuyas leyes habian establecido la igualdad de derechos para españoles y godos, tenía más partido entre los indígenas que Witiza, de familia que se habia señalado por un exclusivismo en favor de los godos, que no podia ménos de agriar á los españoles. Poquísimos pormenores dan las historias sobre el destronamiento de Witiza y la elevacion de Rodrigo, ni áun se sabe con certeza, como hemos apuntado, cómo y dónde fué la muerte del primero. Tal es la escasez ó falta de datos de aquel tiempo. El cronicon Moissiacense dice que reinó siete años y tres meses, por cuya cuenta debió morir en Febrero de 709.

(1) Rodericus tumultuose regnum, hortante senatu romano invadit. Isid. P., c. XXXIV.

CAPÍTULO XI

Situacion de los árabes en África.—Sus tentativas de invasion en la Península.—Instigaciones de los judíos.—Idem de los partidarios de Witiza.—El conde Julian.—Conducta de Muza.—Resuélvese la invasion y se realiza.—Primer choque entre el africano Tarik y el godo Teodomiro.—Preparativos de Rodrigo para la resistencia.—Memorable y funesta batalla de Guadalete.—Triunfo de los mahometanos.—Muerte de Rodrigo y destrucción del reino godo.

Tócanos referir en este capítulo uno de los acontecimientos más graves, una de las catástrofes más terribles, una de las más espantosas revoluciones, acaso la mayor que ha sufrido España, y con dificultad se leerá otra más grande, más repentina y más completa en los anales de la humanidad. Porque caer derrumbada en un solo día una monarquía de tres siglos, verse de repente invadido un gran pueblo, vencido, subyugado por extrañas gentes, que hablaban otra lengua, que traían otra religion, que vestían otro traje; venir unos hombres desconocidos, de improviso y sin anunciarse, casi sin preparacion, apoderarse de un antiguo imperio, pelear un día para dominar ocho siglos, desaparecer como por encanto todo lo que existía, y sorprender la muerte á una nacion casi tan de repente como puede sorprender á un individuo, es ciertamente un suceso prodigioso de los que rarísima vez acontecen en el trascurso de los siglos. ¿Cómo se verificó tan súbita mudanza? ¿Qué causas la prepararon y la condujeron al término y remate que tuvo?

Fatalidad es que cuanto más se aproxima un grande acontecimiento, cuanto más importante es un período histórico, más hayan de escasear los documentos auténticos contempo-

ráneos, ménos luces, más oscuridad, más incertidumbre y confusion haya de envolver y rodear la historia. No parece, dice un escritor de nuestro siglo, sino que en la turbacion de aquella crisis fatal no habia quien tuviese tiempo para anotar y trasmitir los pormenores de acaecimientos tan interesantes. Y así fué en verdad, que no le tuvieron para escribir los hombres de aquel tiempo. Período por lo tanto tan fecundo para los poetas como tormentoso para el historiador, cuya mision es brujulear la realidad por entre el silencio ó las escatimadas palabras de los unos, y por entre las abundantes fábulas y prolijas ficciones de los otros.

Es no obstante fuera de duda, que encumbrado Rodrigo (Ruderich), de la sangre real de Chindasvinto, en brazos de un partido, y vencido y castigado Witiza, de la familia de Wamba, acaso con el mismo género de castigo que aquél habia empleado con el padre del nuevo rey, quedó el reino godo miserablemente dividido en bandos y parcialidades, que le destruían y destruían, defendiendo unos al monarca reinante, trabajando otros y conspirando en favor de la familia del monarca destronado. Los jóvenes hijos de Witiza, Sisebuto y Ebas, y su tío el metropolitano de Sevilla, Oppas, hombre á lo que parece activo, revoltoso y enér-



gico, así como sus amigos y parciales, veían con enojo el cetro de la nación goda en manos de un enemigo de su linaje y partido; mirábanle como un usurpador, y aunque no podían alegar el derecho de herencia que las leyes godas no reconocían, punzábales por una parte el deseo de vengar el agravio recibido, por otra el empeño de entronizar á alguno de los hijos de Witiza por los mismos medios de que á su vez se había valido el hijo de Teodofredo. Ardió la nación en discordias, hervían las ambiciones, y las maquinaciones y conjuras traían revuelto el reino, é inquieto y desasosegado al rey. Ayudaba al desconcierto del Estado la inmoralidad que en los últimos reinados había cundido, y no era ciertamente el nuevo monarca el que la curaba con su prudencia ni la corregía con su ejemplo.

Habíanse en efecto depravado y corrompido en los últimos reinados las costumbres del pueblo hispano-godo, así por parte de los eclesiásticos como de los legos, hasta el punto que con harta evidencia lo demuestran los cánones de los postreros concilios. Los decretos sinodales, aunque fuertes y severos, no bastaban á reprimir la incontinencia, el fausto y profusión en que el clero vivía; y de aquí puede colegirse cuáles serían las costumbres de los seglares: tolerábase el concubinato público; y la fidelidad conyugal, tan respetada de los antiguos godos, era ya frecuentemente y sin recato quebrantada. El lujo, la sensualidad y los desahogos de Witiza, su ejemplo y sus leyes habían contribuido mucho á que corriera desbordado el pueblo hácia la desmoralización, y lejos de detenerle en tan funesta carrera Rodrigo, empujábale más y más con sus imprudencias, sus liviandades y sus desórdenes, vicios con que oscureció otras prendas que á la naturaleza debía, tales como su liberalidad, su firmeza, resolución y aún osadía de ánimo.

Cualidades eran éstas que gradualmente habían ido perdiendo los godos apenas pasados los tiempos de Recaredo. Aquella energía militar que los había hecho tan terribles cuando eran un pueblo conquistador, habíase ido enervando desde que la vieja espada gótica se había sometido al cayado episcopal, y sobre todo des-

de que se habían entregado á los goces de la vida muelle y delicada. Chindasvinto y Wamba habían logrado resucitar momentáneamente el vigor varonil de los antiguos visigodos, pero había vuelto á apagarse en los flacos reinados sucesivos, y nadie hubiera podido reconocer en los afeminados godos de Egica y Witiza á los belicosos y esforzados guerreros de Eurico y Leovigildo. Y un pueblo así viciado, extragado y dividido, compréndese cuán poco podría resistir al empuje de un pueblo vigoroso y fuerte en el caso de verse invadidos á su vez los que en otro tiempo habían sido invasores.

Contaban los parciales de la familia de Witiza y los descontentos de Rodrigo con el apoyo y protección del conde Julian, gobernador de Ceuta, plaza litoral de la Mauritania, que hacia tiempo, se cree que desde el reinado de Sisebuto, pertenecía á los godos españoles. Este personaje, de funesta celebridad histórica, y á cuyo nombre va unido el recuerdo doloroso de la pérdida de España, tenía injurias personales que vengar del rey, y satisfacción de agravios propios que tomar. ¿Qué clase de ofensas eran las que había recibido?

No habrá un solo español que ignore la célebre aventura de los amores de Rodrigo y la Cava. Acaso entre las tradiciones de los pueblos no habrá ninguna que haya tenido la boga y alcanzado la popularidad que ésta.

Cuentan las crónicas, que entre las damas que en su corte tenía el rey Rodrigo, había una que se señalaba por su singular belleza, llamada Florinda ó la Cava (1), hija de aquel conde Julian. Tuvo Florinda la desgracia de parecerle bien al rey, el cual (dicen), en ocasión que la linda jóven se bañaba ó salía del baño con varias de sus amigas y compañeras vió desde una ventana de su palacio más de lo que el recato y pudor de Florinda hubiera, si imaginase que había quien la mirara, consentido, y más de lo que era menester para

(1) *Cava* en idioma árabe equivale á mujer de mala vida, lo cual se aviene muy mal con la virtud que se supone en la bella Florinda. Así los que la añadieron este sobrenombre obraron ó con demasiada malicia ó con demasiada candidez. Lúcas de Tuy dijo ya: *Cava quam pro concubina utebatur.*



inspirar no tanto amor como pasión á un monarca, cuya virtud no era ciertamente la continencia y la honestidad. Desde entónces no cesó el rey de perseguirla con amorosos requiebros. «Después que el rey (dice la *Crónica del rey D. Rodrigo*) ovo descubierto su corazón á la Cava, no era día que no la requiriese una vez ó dos, y ella se defendía con buena razón. Empó á la cima, como el rey no pensaba tanto como en esto, un día en la siesta envió con un doncel por la Cava y ella vino, etc.» La crónica refiere con una minuciosidad, que nosotros no imitarémos, desde el principio hasta el fin de esta lucha amorosa, cuyo resultado fué, que viendo Rodrigo que por el camino de la seducción, de los ruegos y de las persuasiones no le era posible vencer la virtud de Florinda, cumplió por la fuerza lo que por la voluntad no había podido recabar. Disimuló aquella su enojo, hasta que halló ocasión de informar á su padre de la deshonra que el rey la había hecho, con lo que encendido en cólera el conde Julian, juró vengar la afrenta de su hija y lavarla con la sangre del malvado forzador (1).

(1) Mariana inserta íntegra la carta (bien distinta por cierto, y nada parecida á la de la crónica árabe) que dirigió á su padre la desconsolada Florinda confiándole su cuita. Refiere en seguida nuestro historiador todos los pasos que con este motivo dió el ofendido conde. Tampoco omite la famosa aventura del palacio encantado de Toledo, en que se empeñó en penetrar el temerario Rodrigo, con lo de los lienzos pintados que halló en la misteriosa caja, representando figuras de moros, con un rótulo en latín que decía: *Por esta gente será en breve destruida España.* En la *Crónica del rey don Rodrigo*, impresa en Valladolid en 1527, se ve un toscó grabado en madera, que representa el acto de abrir la torre ó palacio encantado, en que se encerraban los destinos de España. Un hombre armado de enormes tenazas está descerrajando la puerta: á su lado se ve al rey con las vestiduras reales: á los piés de don Rodrigo un obispo arrodillado en actitud de disuadirle de su empresa: un noble godo, con las manos levantadas al cielo, expresa la admiración que le causa la temeridad del rey y los temores de su resultado: el continente del rey es fiero y denota resolución.

Estas bellas fábulas, tan propias del gusto de la edad media en que se inventaron, y que han ido conservando nuestros historiadores, creídas por unos y respetadas por otros, han dado argumento y materia abundante á los poetas nacionales y extranjeros, antiguos y modernos, para multitud de romances, odas,

Hé aquí el famoso suceso que, al decir de nuestros antiguos cronistas é historiadores, desde el monje de Silos y el arzobispo D. Rodrigo hasta Mariana y Ferreras, dió motivo al conde Julian y á los parientes de Witiza, sus amigos, para llamar á los árabes y moros de África y traerlos á España. Los críticos modernos, por el contrario, desechan la anécdota por apócrifa y fabulosa. Conocemos los fundamentos y razones en que estos últimos apoyan su juicio; y creemos haber visto todo lo que se ha escrito, que es mucho, en pro y en contra de la autenticidad de este acaecimiento ruidoso. Es ciertamente notable que ni Isidoro Pascense, único escritor contemporáneo, y el que mejor informado debió hallarse del suceso que se supone, ni otros posteriores cronistas españoles dijieran una sola palabra de aquellos amores funestos, y que no se hallen mencionados hasta el monje de Silos, que escribió cuatro siglos después de aquella época, el cual parece lo tomó á su vez del árabe Ben Alcuthya, autor de escaso crédito entre los suyos, muy posterior también á los sucesos, y á quien adicionó su discípulo Abulcacim Tarif Abentarique, conocido por lo fabulista, si es que no inventó su historia el español Miguel de Luna que nos la dió por traducción. Los autores árabes de Conde tampoco hablan de los amores de Rodrigo con la Cava; y Al-Makari, traducido al inglés por Gayángos bajo el título de *History of the Mohammedan dynasties*, los niega como fabulosos (1). Graves son en verdad estas ra-

leyendas, dramas y novelas curiosas, de que podríamos citar no escaso número.

(1) Libro 4, cap. I.

El autor de los *Preliminares cronológicos para ilustrar la Historia de la España árabe* ha reunido en un opúsculo (edición de la Imprenta Real, 1797) casi todo lo que puede desearse para ilustrar este tan debatido punto histórico. Después de analizar y cotejar con escrupuloso y detenido examen crítico todas las crónicas árabes y españolas que han hablado ó debido hablar de este suceso, concluye por negarle también y por desecharle como apócrifo. Pero en nuestro entender, este hábil y entendido orientalista ha llevado su incredulidad demasiado lejos, pues niega igualmente la excitación de los parientes de Witiza y del conde Julian al emir africano, y aún intenta probar que ni medió la traición que se supone de parte del dicho conde Julian (en la cual, sin embargo, convienen las



ziones en contra de una de las más popularizadas tradiciones españolas. Mas no negarán tampoco los más duros impugnadores de la tradición, que si la historia no la ha hecho evidente, la razón por lo menos la hace verosímil, y que lejos de repugnar al buen sentido como muchas que se mezclan en las historias de todos los pueblos, el hecho no habría estado en disonancia con la conducta y costumbres que la generalidad de los historiadores atribuye á Rodrigo. Nosotros, por lo tanto, no nos constituiremos ni en defensores, ni en impugnadores de la autenticidad del hecho de la violación, puesto que con él y sin él nos sobran causas para explicar el suceso de la invasión de los árabes, y creemos que de todos modos, por las razones que vamos á exponer, se hubiera verificado.

Hallábanse los árabes despues de haber paseado sus pendones victoriosos por la Persia, la Siria y el Egipto, en posesion de la Mauritania, subyugada por las armas del Profeta como aquellas otras regiones. Habíanse detenido sus estandartes ante las olas del mar que los separaba de España, pero no se había extinguido ni el ardor bélico, ni el entusiasmo de los triunfos, ni el afán de la conquista. El gobernador de África, Muza-ben-Noseir, desde las ventanas de su palacio de Tánger podía dirigir una mirada ambiciosa hácia las costas de la Península, separadas por el Estrecho, y en sus silenciosas meditaciones acaso habría medido ya el tiempo y el espacio que necesitaria para franquear la barrera que había contenido su marcha victoriosa. «Un paso más, diría, y un nuevo mundo se abre á mis conquistas.» Ya en tiempo de Wamba habían hecho los hijos del desierto una tentativa seria sobre las playas es-

más respetables crónicas é historias árabes y cristianas), ni Ceuta pertenecía ya los godos, ni Julian era el gobernador de aquella plaza, ni siquiera español, sino un Ilián, Julian, ó Elia, que hacia más de treinta años se hallaba ya al servicio de Muza. Mas el ilustrado autor de los *Preliminares* (que sin duda fué el erudito D. Faustino Borbon) pudo en todo esto padecer error, como le padeció respecto á la época en que fué alzado por rey de los godos Rodrigo, cuyo error le hace tropezar con multitud de dificultades para poder combinar los hechos que precedieron á la invasión de los árabes.

pañolas; tentativa que la energía de aquel monarca godo había logrado frustrar con la destrucción de la flota sarracena. No hubo de renunciar por esto el pueblo árabe, joven, robusto y guerrero como entonces era, á sus designios sobre España; mucho más cuando los moradores de Tánger y otros africanos no cesaban de ponderar á Muza la suave temperatura de España, la calidad y abundancia de sus plantas y frutos, su claro y sereno cielo, sus grandes y ricas ciudades. «Es, le decían, una tierra maravillosa, fértil y bella como la Siria, templada y dulce como el Yemen, abundante como la India en aromas y flores, parecida al Hegiaz en sus frutos, al Catay en la producción de metales preciosos, á Adena en la fertilidad de sus costas» (1). ¿Qué faltaba á este cuadro tentador? Otras excitaciones todavía, y éstas vinieron.

Los judíos de España, duramente tratados desde el concilio IV de Toledo, vejados, oprimidos, esclavizados, proscritos desde el reinado de Sisebuto, habían muchos de ellos, segun en su lugar dijimos, refugiándose en África huyendo de la persecución y del bautismo forzoso. Este pueblo, tan tenaz en sus rencores como en sus creencias, había ido aglomerando en su corazón gran depósito de odio contra los monarcas godos que tan despiadadamente le trataban. Aviesos é incorregibles ellos, y duros é intolerantes los concilios y los reyes, meditaban los judíos la ruina de sus opresores. En el reinado de Egica se averiguó que los de España se habían concertado con los de África para perder el reino (2), y nuevos rigores se emplearon contra la raza maldecida. Fuese por templar su enojo ó por otras causas, Witiza había alzado el anatema que pesaba sobre los judíos, y dádoles, si no protección, al menos seguridades y consideraciones, cosa que había disgustado á muchos como contraria á los cánones y á las leyes. Destronado Witiza, y puesto el cetro en manos de Rodrigo, no esperaban sino nuevas calamidades y rigores. En tal situación, y viendo revuelto y descon-

(1) Conde, *Dominación de los árabes en España*, part. I, cap. 8.

(2) Conc. Tolet., XVII.



certado el reino, nada más natural, atendidos todos los precedentes, que los que ya en tiempo de Egica habían conspirado en África contra una dominación que aborrecían, instigáran de nuevo á los musulmanes y áun se ofrecieran á ayudarlos á derrocar el poder de los godos. La confianza que de ellos hicieron los sarracenos al tiempo de la conquista, prueban que obraban ya de concierto los sectarios de Mahoma y los secuaces de la ley de Moises.

Á su vez los partidarios y parientes de la familia de Witiza, y principalmente el obispo Oppas y el conde Julian, ansiosos los primeros de derrocar al que llamaban usurpador, ardiendo el último en ira y aguijado del deseo de hacer expiar á Rodrigo, ó bien la afrenta y deshonor de su hija, ó bien otra grave injuria que de él recibiese, instaron también á Muza á que invadiera la Península, pintándole la empresa como fácil, atendida la inexperiencia del monarca, el disgusto con que le miraba el pueblo, el desconcierto de la nación, los bandos y facciones que la dividían, y el abandono y relajación de la disciplina militar en que habían caído los godos. Tales instigaciones no podían dejar de halagar al emir africano, que acaso llevaba ya en su cabeza el pensamiento de la conquista. Pero tan prudente y sagaz como emprendedor y resuelto, quiso antes consultar con el califa Walid (Al-Valyd), que ocupaba el trono de Damasco, el cual, entusiasmado con la idea y esperanza de que se cumpliera la predicción del Profeta que prometía á sus discípulos el Oriente y el Occidente, apresuróse á enviar á Muza amplios poderes, y éste se preparó á realizar la invasión (1).

Circunspecto y cauto todavía el árabe, envió primero á Tarif, caudillo africano, con quinientos hombres (cien árabes y cuatrocientos berberiscos) en cuatro grandes barcas, á hacer un reconocimiento de exploración en la costa. Abordaron estas gentes á la opuesta orilla, desembarcaron en el sitio que del jefe de esta primera expedición se llamó Tarifa (año 91 de la hegira, Julio de 710), recorrieron algunos

(1) Conde, part. I, cap. 8.—Al Kathib, *Hist. de Granada*.—Roder. Toletan. *De Reb. Hisp.*, lib. III.

pueblos del litoral, tomaron ganados é hicieron algunos cautivos, y con esto regresaron impunemente á Tánger á dar cuenta á Muza del feliz resultado de su expedición. Convencido con esto Muza de la exactitud de las noticias de Julian, y considerando el éxito de esta primera tentativa como un buen agüero y presagio de la prosperidad de sus armas, preparó otra segunda y más respetable expedición para la primavera siguiente. Todos querían ya pasar el Estrecho, y ver con sus ojos un país de que oían contar tantas maravillas. Encomendó el mando de esta segunda flota, en que iban ya doce mil berberiscos y algunos centenares de árabes, al intrépido africano Tarik ben Zeyad. Dicen que el mismo conde Julian los guiaba. Desembarcaron esta vez los sarracenos en una península cubierta de verde, que denominaron *Algezirah Alhadra* (isla verde, hoy Algeciras). Desde allí pasaron á atrincherarse en el monte Calpe, que desde entonces se llamó *Gebel Tarik* (monte de Tarik, ahora Gibraltar). Terminaba el mes de Abril de 711. Tres siglos hacia que los godos habían invadido por la opuesta frontera esta misma España que ahora iban á perder.

Vigilaban ya las costas los cristianos, alarmados con el ruido de la primera invasión; y Teodomiro (á quien los árabes nombran Tadmír), jefe superior de Andalucía, con un cuerpo de mil doscientos á mil setecientos jinetes que pudo reunir, se presentó intrépido á atacar á los invasores. ¿Cómo con tan escasa gente podía detener el ímpetu de los africanos? Los cristianos se vieron envueltos y acuchillados, y entonces fué cuando Teodomiro escribió al rey aquella célebre carta: «Señor, aquí han llegado gentes enemigas de la parte de África, que por sus rostros y trajes no sé si parecen venidos del cielo ó de la tierra: yo he resistido con todas mis fuerzas para impedir su entrada, pero me fué forzoso ceder á la muchedumbre y á la impetuosidad suya: ahora á mi pesar acampan en nuestra tierra: ruégoo, señor, pues tanto os cumple, que vengais á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar: venid vos, señor, en persona, que será lo mejor.»

Llenó la nueva de espanto á Rodrigo, que